

De esa manera sólo logrará formar generaciones de escépticos, para los cuales ningún valor moral tendrán los actos humanos y ninguna finalidad ha de encerrar la vida. ¿A qué el afán de perfeccionamiento, a qué el esfuerzo educativo, si éste ha de estrellarse contra la tiranía de leyes fatales? ¿A qué la facultad realenga de la determinación, si la voluntad no es más que una ilusión de nuestra mente? ¿A qué el propósito del bien, si la vida es lucha, y en la lucha por la existencia la piedad es un estorbo y sólo ha de triunfar el más fuerte?

¡Qué tremenda sacudida moral para los que surgen a la vida consciente pletóricos de entusiasmos generosos! ¿Y en nombre de qué o de quién se podría envenenar de esa suerte el corazón de las nuevas generaciones? ¿En nombre de la verdad? ¿Quién la posee, dónde está, que por ella se debate ansiosa la humanidad desde hace millares de años, sin que nadie haya podido tocar siquiera la fimbria de su veste? Dadme la verdad, clamaba Hostos, y os daré el mundo.

No sabemos de donde venimos ni a donde vamos. "Sabemos—dice nuestro gran Varona—que el hombre no es libre, en el sentido metafísico. Pero sabemos también que puede, quiere y debe libertarse del yugo de las pasiones inferiores, por la contemplación, la práctica y el amor de los sentimientos superiores, de los cuales el de mayor importancia social, el moral, por tanto, es el deber."

Discutir que la educación puede ser una fuerza determinante en la dinámica social, es negar la importancia de los factores sociológicos sobre el individuo; afirmar que el hombre es ciego en grado tal que no puede, por actos inhibitorios progresivos, valerse de su inteligencia para seguir una orientación determinada, es negar, por lo menos, el hecho psicológico del conflicto de motivos y el proceso de la deliberación; considerar el sentimiento moral del bien como una abstracción sin fundamento, reducida a polvo por la ley que rige la lucha por la vida, es desconocer la esencia misma del fenómeno social, el cual sólo puede basarse en un espíritu de solidaridad que impone normas al individuo.

Mas, aunque así no fuera, el bien es un placer. La dicha más completa sólo se alcanza con la obra del bien. Todos los placeres pasan, se esfuman, son el patrimonio del minuto: lo único que subsiste, para inundar de luz y de plácido bienestar la conciencia humana, es la satisfacción de hacer el bien. Por eso decía Martí:

Cuando al peso de la cruz
el hombre morir resuelve,
sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
como de un baño de luz.

El ideal del bien: he ahí la aspiración suprema del hombre. Los idealistas, desde Jesucristo hasta José Martí, son los únicos que han hecho obra redentora en el mundo.

De ese idealismo estamos, justamente, necesitados. Digámoslo con dolor, pero con energía: atravesamos en Cuba un momento histórico que se caracteriza por la subversión de todos los valores morales.

Dijérase que marchamos a tientas, por un camino sembrado de sirtes. Cualquier pisada insegura puede precipitarnos a la sima, y sin embargo nos atravesamos a intentar a cada paso un salto mortal en el espacio.

Y sin embargo, el ejemplo doloroso y vitando de otros pueblos está ahí para aleccionarnos. El problema es el mismo: las circunstancias externas son las únicas que varían. La excepcional posición geográfica de Cuba, el desenvolvimiento maravilloso de su riqueza, su significación preponderante en la producción de uno de los artículos más necesarios de consumo, todas las circunstancias, en suma, que constituyen la base de la grandeza nacional en el orden material, y debían ser armas de defensa poderosas, si el patriotismo y la cordura imperaran siempre en nuestra vida pública, se convierten en cómplices de la fatalidad que nos amenaza.

¿Pero qué mucho que esto sea así, si hay quienes, inconscientes o ciegos, claman por la ingerencia extranjera en nuestro suelo; o hay quienes—sin meditar acaso lo que dicen—claman por que se hunda la república antes de que triunfe su adversario político? Azuzados los unos por el vértigo de las pasiones, y embriagados otros en la danza de los millones o ansiosos de conservar una riqueza efímera, que suponen con estudiado cálculo que estaría mejor garantizada al amparo de un poderío militar preponderante, no quieren ver el peligro que envuelve la ingerencia progresiva de la gran nación amiga—los Estados Unidos—en actos propios de la soberanía nacional. La fatalidad histórica podrá quizás poner algún día a Cuba frente al pavoroso dilema de la servidumbre o la muerte; esa sería una catástrofe que debíamos tratar de evitar, mas en la cual no tendríamos culpa,—pero no entreguemos nosotros mismos, gradual y torpemente, jirón por jirón, los atributos de esa soberanía. Digámoslo claramente y sin lugar a engaño—por que parece que estamos enfermos de concupiscencia y de mentira—: esa es la labor del anexionismo vergonzante que, por desgracia, existe en Cuba, y por ese camino se va derecho hacia el sometimiento y hacia la abyección.

Enrique José Varona, a quien me complace en citar por ser una de nues-

tras reservas morales más preciadas, ha descrito el cuadro, de mano maestra, en su célebre conferencia sobre *El poeta anónimo de Polonia*:

La tiranía de un hombre, aunque se llame César, aunque se llame Napoleón, es pasajera; la tiranía doméstica, la que ejerce una fracción de la comunidad sobre otra, está sujeta a cambios inevitables; la esperanza, aunque incierta, del poder, la hace llevadera; la tiranía extrema es la de un pueblo sobre otro; es visible e invisible, nos rodea por todas partes y no podemos asirla; el centro de su presión enorme está en todos los lugares y no está en ninguno; no se encarna en un hombre, porque éstos se van, mueren, y ella queda; el funcionario que la representa, es un mero símbolo, procónsul, virrey, gobernador, ¿qué importa su título? Lo que la caracteriza es que su móvil, su fuerza, su objeto, todo es extraño al pueblo oprimido, reducido a ser mero instrumento de la grandeza y el poderío ajenos.

Bien sé que es escaso el número de los que, escépticos o cobardes, nostálgicos del grillete colonial, quieren acabar con los errores de nuestra vida libre y republicana, sustituyéndolos por la tiranía de un poder extraño. Bien sé que muchas veces el execrando apóstrofe del que clama porque venga la catástrofe, es semejante a la blasfemia del que cree que su Dios no se lo va tomar en cuenta. Pero es lo cierto que, aunque escaso el número de los que así piensan o proceden, ejercen una acción deletérea y nefanda en la conciencia pública.

Es a vosotros, los que tenéis el encargo de formar nuevos ciudadanos, a quienes toca provocar una reacción valiéndose de la influencia determinante de la educación sobre el medio social. La más alta misión del maestro es la de hacer patria. Y en Cuba es preciso seguir haciendo patria todos los días. Tenéis que inculcar en la mente de las generaciones que se os confíen, la conciencia cabal y el significado perfecto del pensamiento previsor de Saco, nuestro gran vidente: "Quiero que Cuba sea siempre CUBANA."

Para vuestra obra encontraréis sin duda el terreno abonado. Cada vez que la vocinglería ensordecedora de la disputa política, en que se discuten hombres, pero no ideales, sobrecoge mi ánimo—siempre preocupado ante los amagos del porvenir—, vuelvo la vista hacia abajo. En la superficie del mar, cuando la contemplamos desde la costa, en día de agitación, vemos almacenarse inmundicias, que viajan sobre las crestas de las olas; pero si bajamos a su fondo, veremos el agua límpida y serena reposando sobre un lecho de arenas, de caracoles y de algas, y a veces de perlas y de corales. En la vida política sucede igual: arriba está muchas veces la levadura, lo que menos pesa, lo que, sin fuerza propia, aprovecha la furia de las tempestades para